

La Educación Espartana

Por GUIDO DONOSO NUÑEZ

En el mapa de Grecia, la estrangulación del istmo de Corinto divide al país geográficamente en dos porciones. Aún cuando a ambos lados de este cordón umbilical, dominan en sus líneas generales los mismos rasgos paisajísticos, en lo que respecta a la cultura, la evolución fué distinta al N. y al S. del istmo. Durante el siglo V. A. C. y posteriores, hasta el más profano de los viajeros, habría experimentado al sobrepasarlo, la sensación de encontrarse en una sociedad, cuyos ideales de vida eran substancialmente distintos, de aquellos que había dejado a sus espaldas. Al N. la democrática Atenas, la “escuela de la Hélade”, con sus filósofos, historiadores y artistas, con las muchedumbres de la Ecelesia y del teatro; al S. Esparta, oligárquica y militar, desdeñando aquellos valores, para cultivar otros en un afán angustioso por sobrevivir. Condiciones históricas distintas plasmaron caracteres distintos; la contraposición del capitel dórico al jónico puede simbolizar la naturaleza de tales diferencias.

Esparta se encuentra al margen del impresionante desarrollo filosófico, artístico y científico del mundo griego; pero en cambio su posición es realmente eminente en lo que respecta a la historia de la educación. Aristóteles nos ha transmitido el concepto de que la educación espartana representa un adiestramiento militar unilateral. “Se puede hacer al sistema en conjunto del legislador el mismo cargo que Platón le ha hecho en sus Leyes: el de tender exclusivamente a desenvolver una sola virtud, el valor guerrero”. (La Política. cap. VI.) Los filósofos al contemplar la degenerada democracia ateniense, consideraron las instituciones espartanas como obra de un legislador genial. La organización política de Esparta fué la admiración de Platón, Plutarco, Jenofonte y Polibio. Sin embargo lo que a los ojos de Platón o Polibio era la obra de un genio educador (Licurgo), era en

realidad la supervivencia de un estadio más simple y más primitivo en el desarrollo de la vida social, caracterizado por una fuerte unidad racial y un débil desarrollo de la individualidad. Plutarco, en el Licurgo de las “Vidas Paralelas”, nos ha dejado una visión magnífica de lo que era la “paideia” espartana. Al leerla se nos impone el concepto de que los fines de la aludida educación, era conseguir un conjunto de ciudadanos aptos físicamente.

Las prácticas atléticas se habían hecho extensivas incluso a las mujeres. Así Plutarco al referirse a la labor educadora del mencionado mítico legislador dice: “Ejercitó los cuerpos de las doncellas en correr, luchar, arrojar el disco y tirar con el arco”. (Licurgo. párraf. 14). En su afán de seleccionar los individuos, los lacedemonios llegaron a poner en práctica principios eugenésicos antes y después de la concepción. En estas condiciones “el marido anciano de una mujer moza, si había algún joven gracioso y bueno a quien tratara y de quien se agradase, podía entregarle su mujer, y, mejorando de casta, hacer propio lo que así se procrease”. El hecho era lícito también a la inversa pues “no miraba Licurgo a los hijos como propiedad de los padres, sino que los consideraba por comunes de la ciudad”. (Licurgo. p. 14.). Al nacer un niño, era llevado ante los más ancianos de la tribu los que reconocían al recién nacido, y si era bien formado y robusto disponían que se le criase; más si le hallaban degenerado y monstruoso, mandaban llevarle a los que llamaban apotetas o expositarios, lugar profundo junto al Taiget.

Desde los 7 años los niños vivían en perfecta camaradería y solidaridad, repartidos en clases. Los más ancianos los veían jugar y holgar, y de intento provocaban entre ellos disputa y riña, con el objeto de identificar la índole del carácter de cada uno de ellos. De más está de

cir que de letras no aprendían más que lo estrictamente necesario; toda la aduación se dirigía a que fuesen instintivamente disciplinados, sufridores del trabajo y vencedores en la guerra. Los niños lacedemonios, esmirriados por la sobria alimentación, solían dormir juntos en fila y por clases sobre lechos de ramas y cañas cortadas por ellos mismos en la orillas del Eurotas.

No faltaban estímulos para los caracteres superiores ya que se nombraba un director de los jóvenes de entre los varones de mayor autoridad. A menudo los jóvenes eran mandados a buscar vituallas "y el que se dejaba coger, llevaba muchos azotes con el látigo, haciéndosele cargo de desidioso y torpe en el robar". (Licurgo. p. 17). "Tanto esmero ponían los muchachos en estos hurtos que se cuenta de uno que hurtó un zorrillo y lo escondió debajo de la ropa, y despedazándole éste el vientre con las uñas y con los dientes, aguantó y se dejó morir por no delatarse; no que no se hace increíble con respecto de los jóvenes de ahora, a muchos de los cuales hemos visto fallecer aguantando los golpes sobre el ara de Diana Ortia". (Licurgo. p. 18). La educación de la juventud continuaba aún en la edad adulta una vez que el individuo hubiera ingresado a la privilegiada clase de los Iguales. Para llegar a esta condición el joven espartano debía pasar por varias etapas precedentes, avanzando por grados, en un proceso que recuerda las "cofradías" de las culturas primitivas.

¿Qué factores determinaron esta educación del Estado tan original dentro del marco cultural del mundo griego? Al considerar la historia de Esparta, admira el hecho de que sus instituciones persistieran casi inalterables a través del tiempo. Desde el legendario Licurgo hasta Agis y Cleomenes, la "constitución", el régimen espartano, permanece inmutable, incapaz de remozarse frente a las mutaciones del ambiente histórico. ¿A qué se debe esta veneración al pasado?

Durante los siglos VIII y VI, se producen en toda la Grecia una serie de problemas económico-sociales que las respectivas ciudades procuran resolver de distinta manera. Al impacto de estos problemas (malthusianismo, desmedrada situación de la plebe, luchas sociales) reaccionaron algunas ciudades como Calcis, Eretria, Corinto, Megara, etc., con la colonización. Atenas solucionó sus problemas creando una superior técnica económica (explotación al máximo de las posibilidades económicas del Atica y del comercio) y mediante una amplia reorganización polí-

tico-social interna, la cual por intermedio de Dracon, Solón, los Pisistrátidas y Clístenes conducirá en última instancia a la Democracia.

Esparta no puso en práctica la solución calcedonia ni la solución ateniense. Su política tendió a la conquista de un "lebensraum", y lógicamente este espacio vital no fué otro que el rico hinterland de Mesenia. En la segunda mitad del siglo VII Mesenia fué avasallada por los espartanos. Tirteo cantó éste gran triunfo dejando para siempre la impronta de su épica en el alma espartana. Desde este momento la areté lacedemonia se expresará en el valor militar en función de la subordinación "instintiva" del individuo a la ciudad. La victoria obtenida sobre los denodados mesenios, dejó huellas imborrables. Jamás pudo Esparta relajar su triunfo, vencer el terror producido por la tremenda guerra de Mesenia. Como consecuencia coetánea, los legisladores legendarios, Licurgo (Chilón) se dedican a la tarea de moldear un Estado adecuado a la situación creada, un nuevo orden que armonizando con la reciente mutación histórica fuese lo suficientemente eficaz para mantenerlo indefinidamente.

Las instituciones que Esparta creó, fueron moderadas en función de un objetivo específico; satisfacer los requerimientos del vencedor que vivía con el vencido al lado. Es el momento preciso en que la ciudad toma el aspecto clásico de ciudad campamento, inhospitalaria y tenazmente replegada en sí misma.

Frente a la libre polis del mundo clásico, donde se gesta el triunfo de lo individual, aparece Esparta completamente a un lado, manteniendo en pie artificiosa y cruelmente el estado de cosas nacido de una conquista. Este fenómeno, unido a un pathos artificioso y a un estilo consciente de vida, condiciona también su original tipo de política exterior.

Toda la paideia lacedemonia tendió a la formación de guerreros impregnados de la más alta areté; para conseguir, de esta manera una adhesión absoluta al régimen establecido.

Por voluntad consciente de sus legisladores, Esparta se aísla dando la espalda al mundo exterior. Esta actitud encuentra su explicación, en el temor de que las influencias externas pudieran modificar, relajar o corromper su peculiar régimen interno. Plutarco es más explícito al respecto.

"No le gustó, por tanto, que cualquiera saliese de viaje o anduviese por otras tierras, pa-

ra que no trajeran costumbres extranjeras, usos de gente indisciplinada y diferencias de ideas sobre gobierno, y aún dispuso que se mandara salir a los extranjeros que sin objeto útil se fuesen introduciendo en la ciudad". (Licurgo párrafo 27).

La ciudad "introvertida", sin comercio, con una moneda inútil y casi desprovista de valor intrínseco, ausente de los juegos panhelénicos, y dominada por una parálisis espiritual, gasta angustiosamente todas sus energías en entrenar a los ciudadanos para la defensa del Estado.

Esparta quedó para siempre cautiva de su conquista.

¡Que diferencia con el resto del mundo helénico y particularmente con Atenas y Jonia! ¡Cuanta distancia entre Esparta y estas ciudades cosmopolitas vueltas hacia "el mar amargo y corruptor" (Platón), pululantes de marinos y mercaderes, orgullosas de su prodigioso desarrollo cultural, y metrópolis de innumerables filópolis esparcidas en todos los rincones del Mediterráneo! Mientras que desde la periferia al centro (Atenas) el mundo griego está en contacto permanente, y a la vez esta periferia está en pleno contacto con los bárbaros de Escitia y Galia y los "bárbaros" de Egipto y Lidia, Esparta se aísla orgullosamente. En una reunión de la confederación del Peloponeso destinada a declarar la guerra a Atenas, los Corintios al comparar a estos con los lacedemonios, se expresan así: "La culpa es de vosotros porque les permitisteis reparar su ciudad, después de las guerras Médicas. Sois retraídos. Los medos que venían del fin del mundo llegaron al Peloponeso antes de que vosotros les salieseis al encuentro. Ellos son diligentes vosotros perezosos, ellos andan siempre peregrinando fuera de sus tierras, vosotros os estais sentados en vuestras casas, y peregrinando ganan, y vosotros sin salir fuera de vuestras tierras os parece que lo que dejais en ella queda perdido". (Tucídides. Lib. I. 28).

A partir del siglo VI el régimen espartano destruyó todo estímulo creador y se dedicó exclusivamente a entrenar al individuo en beneficio del Estado. Originariamente la actividad creadora de los espartanos presentaba líneas de evolución idéntica a las que hacían eclosión en otras ciudades griegas, pero después del siglo mencionado, observamos junto a un comunismo militar, una veneración incondicional por sus instituciones, y un anquilosamiento espiritual extraño al "milagro griego". La tragedia espartana encuentra su explicación en la certidum-

bre de que el régimen establecido era óptimo, y en la necesidad de mantener las conquistas y las poblaciones serviles bajo su autoridad, problema que entrañaba la vida o muerte del Estado. El dilema se planteó claramente; o sobrevivir en medio de los vencidos y degradados como una minoría perfectamente organizada, o perecer a manos de la mayoría. Ser o no ser. Tal vez jamás pueblo alguno al solucionar esta dramática alternativa, llegó tan lejos en su voluntad de poderío, en su voluntad de ser. Un prodigioso ¡Yo quiero sobrevivir! clamoroso como un sonar de clarines parece presidir toda la historia de Esparta. Este extraordinario esfuerzo para vivir, llevó a los espartanos a aplicar métodos eugenésicos para seleccionar la población; incluso aplicaron procedimientos de eliminación lisa y llana de la población servil. Así lo atestigua Plutarco. "Estos, esparecidos de día por lugares escondidos, se recataban y guardaban reposo; pero a la noche salían a los caminos, y a los que cogían de los Ilotas les daban muerte; y muchas veces, yéndose por los campos, acababan con los más robustos y poderosos de ellos. Refiere Tucídides en su historia de la guerra del Peloponeso que, habiendo sido coronados como libres aquellos Ilotas que primero los Espartanos habían señalado como sobresalientes en valor, recorrieron así los templos de los dioses, y de allí a poco desaparecieron de repente, siendo más de dos mil en número, sin que ni entonces ni después haya podido nadie dar razón de cómo se les dió muerte. Aritóteles es también quien principalmente narra que los Eforos, lo primero que hacían al entrar en su cargo, era denunciar la guerra a los Ilotas, para que no fuera cosa abominable el matarlos". (Licurgo. p. 28). •

El sistema espartano, fué un régimen que se adecuó, perfectamente a un ambiente histórico dado, y forjó en el individuo una adhesión instintiva, irracional, mecánica hacia el Estado. "Todo para el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado" como en la socorrida máxima facista. Así como el hedonista fundamenta su vida en el valor placer, y el anarquista en el de la libertad, la concepción de la vida del espartano se presenta centralizada en torno a un valor colocado en la cúspide de la jerarquía valórica: la ciudad y sus leyes. Interrogado Demarato por Jerjes, sobre la resistencia que encontraría Grecia, responde en una parte de su discurso refiriéndose a los espartanos:

"Libres sí lo son, pero no libres sin freno, pues soberano tienen en la ley de la patria,

a la cual temen mucho más que no a vos vuestros vasallos. Hacen sin falta lo que ella les manda, y ella les manda siempre lo mismo: no volver las espaldas estando en acción a ninguna muchedumbre de armados, sino vencer o morir sin dejar su puesto". (Heródoto. Lib. VII, p. CIV).

En las elegías de Tirteo, verdadero heraldo de la areté espartana, se halla involucrado el concepto de una comunidad ciudadana que trasciende toda individualidad y para la cual todos viven y mueren. El ideal homérico de la areté heroica, es convertido por los laacedemonios, en el heroísmo del amor a la patria. Solo hay una medida de la auténtica areté: la ciudad y aquello que la favorece o perjudica. El espartano vive o muere en función del Estado. "Caminante vé a decir a Esparta que aquí hemos muerto en defensa de sus leyes". En virtud de este imperativo categórico, el nombre del héroe ciudadano es preservado del efímero presente por la vida perdurable de la comunidad.

El carácter más notable del régimen espartano es su inhumanidad, es decir, su desprecio total por la sensibilidad, su desconfianza de la naturaleza humana. La base de la "agogé" espartana es producir un renacimiento en el hombre, despertar el "carisma", la virtud. Esto explica la práctica de azotar a los muchachos ante el altar de Artemisa. La educación del Estado satisface un objetivo primordial: hechar sobre los ciudadanos libres todo el peso de la conquista mesenia. Esparta tenía necesidad de mantener su dominio por la fuerza, lo cual solo era posible mediante la agrupación de todos los individuos en una clase armada libre del trabajo.

La consideración del régimen espartano recuerda "La República" de Platón. Es el régimen más cercano a la utopía platónica, más cercano a la mentalidad de la elite intelectual griega.

Todo este régimen dechado de perfecciones oligárquicas, descansa sobre el más sólido de los basamentos: la agogé. En ella reside su persistencia, su fuerza y su debilidad. Ella creó el inconfundible carácter espartano: sobrio, estoico, pleno de heroicidad y adherido a una ley invisible e invariable. A estas características podemos oponer lo humano y plástico de Atenas.

Son los dos polos entre los cuales se movió toda la vida de Grecia; por un lado lo humano, dúctil y natural, por otro lo inhumano, rígido y artificial. Claramente señalados aparecen estos rasgos, en la célebre "Oración de Pericles en

loor de los atenienses muertos en los combates", inserta en "La guerra del Peloponeso":

"Ahora bien, si encaramos con calma el peligro, y no provistos por una elaborada educación rutinaria ni un coraje artificial, tenemos la ventaja, puesto que no sufrimos las tribulaciones por anticipado, y, cuando nos enfrentamos con ellas, las superamos con tanto valor como aquellos que constantemente se están preparando para vencerlas". (Tucídides. Lib. II, 39).

Es interesante hacer notar, como un determinado espíritu coge a todo un pueblo como en un puño, y convierte al individuo en una máquina, totalmente deshumanizada.

La educación espartana llevó a la juventud a las más altas expresiones del heroísmo, y también a los actos más abominables. La agogé, produjo por un lado una manifiesta infecundidad espiritual, por otro, cumplió con los fines para la cual había sido creada; esto es la conservación de las instituciones estatales. Sin embargo cuando dejaron de prevalecer las primitivas condiciones de aislamiento, el carácter espartano sufrió una profunda y trágica crisis. Un carácter tan peculiar, disciplinado por el poder totalitario del Estado, y sin contactos con el mundo exterior, debía obligadamente experimentar una honda crisis al palpar la realidad de ese otro mundo mercantil, dominado por la plata ateniense y el oro persa. Por eso fué fatal su gran victoria sobre Atenas el 404 A. C. Por efecto de ella, Esparta sorpresivamente cae en un mundo al cual no estaba preparada. El gran carácter espartano se relajó ante el influjo de este ambiente acogedor. Vencedora de una guerra tremenda, perdió toda la moral, toda la virtud que había empleado para ganarla. Cambio tan trascendental, explica su derrota del 371 A. C. en Leuctra, frente a los tebanos. Sin embargo el régimen creado para mantener la existencia del Estado, subsistió inalterable hasta el fin, a pesar de los proyectos Lisandro y los esfuerzos estériles de Agis y Cleomenes. Involucrado luego en el Imperio Romano; siempre siguió mirando su pasado como lo mejor. Le sucedió, lo que en ambientes históricos distintos, ocurrió en Egipto y China. La máquina institucional se demostró maravillosamente perfecta, y sobre ella en definitiva cayó el peso de la noche.

B I B L I O G R A F I A

"Licurgo".—Plutarco.

"Paideia".—Werner Jaeger.

Citas extraídas de Heródoto y Tucídides.